





El paisaje cultural

Jakoba Errekondo, Asier Galdos

Nuestras inquietudes culturales inciden de manera decisiva en nuestra labor de diseño del paisaje, que parte de la agricultura. Como en todas partes, el modo de vida de nuestro pueblo y la historia de su territorio caminan de la mano. Sobre nuestras tierras descansan todas nuestras culturas, incluidas las cosas que nuestros antepasados pensaron y construyeron. Por ello, los paisajes que creamos, cultivamos, diseñamos o impulsamos son siempre culturales, lejos de la pura estética. No somos partidarios del paisaje como simple espectáculo. El paisaje es organización del territorio, es economía, es urbanismo, es calidad de vida, es sostenibilidad, es trabajo comunal, es política... El paisaje es país.

Paisaje

La Convención Europea del Paisaje, aprobada el año 2000 en Florencia define así el paisaje: «Por paisaje se entenderá cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos».

Dicho de otra manera, el paisaje lo constituyen cada uno de los conjuntos de formas y particularidades geológicas, biológicas y antrópicas que se perciben en la superficie terrestre. El paisaje contiene por tanto tres aspectos diferentes:

- Un aspecto físico: el paisaje es territorio. La tierra es consecuencia de una historia geológica y climática, pues las condiciones climáticas y geológicas, siempre cambiantes, inciden sobre la superficie terrestre de tal manera que llegan a alterar el soporte sobre el que se sustenta el paisaje. Por tanto, todo paisaje es desde su origen algo móvil y cambiante, lo cual implica que el conjunto de los seres vivos, del ecosistema, presente en cada territorio, esté sometido también al cambio.
- Un aspecto antrópico: los usos culturales, la economía, el desarrollo tecnológico de cada pueblo en cada periodo y lugar, así como la interrelación de tales

factores con el medio ambiente, crean el paisaje, lo modifican, lo transforman y lo desarrollan. Así, la actividad humana viene a hacer todavía más cambiantes al territorio y al medio ambiente, ya de por sí versátiles.

- Un aspecto subjetivo: es el que percibe e interpreta el ser humano, como simple espectador.

Paisaje cultural

Los paisajes actuales del País Vasco son resultado de la conjunción entre, por un lado, los hábitos culturales o el modo de vida de los seres humanos, y, por otro, los procesos ecológicos del medio ambiente. El paisaje se define en cada momento histórico por las técnicas culturales inherentes al modo de vida usual de la época, por la casa o estructura espacio-temporal propia, y por la riqueza biológica y propiedades específicas del medio ambiente.

Vivir o morir

La cualidad esencial del paisaje y de la cultura es, por tanto, su mutabilidad. El fundamento físico de la naturaleza o el paisaje es mutante. Cambia de manera incesante, en busca de un equilibrio imposible. No le queda

otra alternativa que adaptarse a todos los condicionamientos ecológicos, como el clima. Es la lucha por la vida, la armonía del caos.

Algo similar a la naturaleza ocurre con la cultura: toda comunidad portadora de cultura está abocada a amoldarse a circunstancias cambiantes día a día. La agricultura, la ganadería, la industria, el comercio, el transporte, los servicios, el turismo, el ocio, los medios de comunicación, las lenguas... nos fuerzan a adaptarnos a cambios que inciden en nuestro modo de vida diario. En ello reside, para nuestra cultura, la diferencia entre perdurar o vivir.

El paisaje va adaptándose de forma incesante, por un lado a los cambios sufridos en la naturaleza, y por otro a las afecciones causadas por las tecnologías de las culturas de cada momento histórico. La naturaleza, o cambia, o muere. La cultura, o subsiste o vive. El paisaje cultural, o vive o muere. Vivir hasta morir.

Servicios del ecosistema

A lo largo de la historia, la naturaleza ha sido concebida por cada cultura, en cada período, como pura fuente de materias primas para satisfacer sus necesidades. Ello ha producido una sobreexplotación que, de seguir así, puede llegar a poner en riesgo el futuro del

propio ser humano y de sus culturas. De tal inquietud surge la exigencia de trabajar por la sostenibilidad. Sustentable, perdurable, sostenible... demasiadas denominaciones para una, a nuestro entender, mala definición. La definición usual de sostenibilidad es «satisfacer las necesidades de la población actual sin comprometer las opciones de generaciones futuras». Se trata de una definición engañosa, pues las necesidades y opciones de cada cual caben ser interpretadas desde muy diversas ópticas.

Frente al uso malicioso del concepto de desarrollo sostenible por parte de multinacionales, empresas destructoras y políticos corruptos, diversos científicos han propuesto hablar no ya de «desarrollo sostenible», sino de «servicios del ecosistema», un término que deja patente el hecho de que debemos al ecosistema todo lo que somos y tenemos.

A nuestro entender, la sostenibilidad implica que todo lo que un paisaje es capaz de generar debe ser destinado al medio natural y a las poblaciones y culturas locales.

En ello reside precisamente el vínculo íntimo entre paisaje y cultura: sólo el paisaje cultural es sostenible, y sólo en los paisajes culturales puede darse la sostenibilidad. La sostenibilidad ha de ser a la vez social, económica y ecológica. El paisaje, el paisaje cultural, integra el modo de vida

de la población local con una economía ecológicamente sostenible. De hecho, ¿qué es cultura? ¿Solo la música y danza tradicionales? ¿O el teatro y la ópera? Es evidente que no. Cultura es la capacidad de una sociedad para buscar solución a sus problemas. Todo paisaje revela las culturas que en él han vivido.

A pedir de boca

La tendencia de cada cultura a mitificar su territorio, por ejemplo el concepto «ama lurra» (tierra madre) de los vascos, mitifica determinados paisajes. Se trata de mitos que desfiguran el carácter del paisaje cultural. El mito enaltece o aborrece la huella o manifestación que una determinada tecnología —y, por lo general, una determinada economía— ha dejado sobre el paisaje. La imagen mitificada del robusto, sonriente y feliz campesino pone un enorme lastre para entender nuestro paisaje cultural real y el desarrollo cultural que en él se refleja. Esa imagen bucólica, tan abonada por la mirada foránea, interpone un gran estorbo para construir, fortalecer, desarrollar y disponer hacia un futuro apropiado el conocimiento ligado a nuestro paisaje cultural real y local.

Son mitos que esconden la realidad, que veneran una naturaleza en realidad

no natural. Niegan el paisaje que nuestra cultura ha ido construyendo durante milenios, poniendo en entredicho la propia cultura y su base más sólida. De ello son testigo nuestros hayedos, prados de guadaña, pastos de montaña, etc.

Otra limitación al buen entendimiento de la importancia del paisaje cultural la constituye el temor de la mentalidad urbana a todo lo no urbanizado: el lugar donde vive el lobo, el miedo a perderse en el bosque, la deshonra de trabajar en la tierra... Bien al contrario, los *urbanitas* deberían tomar conciencia de que su existencia y su modo de vida se deben a los bosques y zonas rurales del entorno, a los servicios prestados por el ecosistema, ayer igual que hoy y mañana.

Determinados discursos de lectura del paisaje, alejados del principio de servicios del ecosistema y basados en la más miope interpretación de la sostenibilidad, sacralizan paisajes insostenibles. Por ejemplo, se pretende mantener unos prados de guadaña a todas luces insostenibles en la cultura actual, y se interpreta como un retroceso su conversión en pastos. Lo mismo ocurre con los bosques desmochados, que pretenden ser de alguna forma conservados aún cuando los oficios de que eran objeto han sido abandonados. Mantener paisajes culturales tan singulares sin ningún objetivo es un disparate. Por más que no sea su objetivo originario, es preciso buscar alguna

razón cultural para que tales paisajes puedan continuar entre nosotros.

Creemos que, en lugar de convertir el paisaje cultural en un museo, es preferible organizarlo y mantenerlo como núcleo de interpretación del mismo y de su desarrollo histórico. La interpretación habla de nuestros orígenes, trata de una identidad cada vez más necesaria.

El paisaje cultural sabe de todos nuestros patrimonios, ya que en él se encuentran las huellas, golpes de azada y rastros de nuestros antepasados. Tomar conciencia de ello nos ayudará a organizar y vivir mejor nuestra vida actual y futura, pues sabremos que el territorio es parte consustancial a nuestras vidas. La ciudad en que vivimos, y el paisaje y territorio que nos permiten vivir, son indivisibles. Lo urbano, el medio rural, la montaña, el mar... constituyen un idéntico territorio de un modo de vida, de una cultura.

En subarmonía

El paisaje del País Vasco ha ido conformándose generación tras generación, diseñándose durante siglos conforme a los usos y técnicas culturales, siempre al servicio del desarrollo agrícola, ganadero e industrial, al fin y al cabo, del desarrollo económico. En algunos casos, habrán pesado más la agricultura y la ganadería, en otros

la explotación forestal o industrial, o el comercio, o el turismo, pero siempre, el rumbo del paisaje estará marcado por la tecnología que desarrolle, en cada momento, cada uno de los ámbitos citados.

Determinados paisajes del País Vasco son expresión de la armonía que en otras épocas existió entre sociedad y medio ambiente. En un momento en que los modos de vida y de cultura de aquellas épocas van perdiéndose, el paisaje adquiere un valor cada vez mayor, pues reitera el proceso histórico producido. Semejante perspectiva atribuye una condición cultural al territorio, despojándolo de su exotismo: lo convierte en referencia cultural, de un modo de vida que fue.

En nuestros días, resulta imperioso crear nuevos modos de vida y culturas fundadas en una estrecha relación con el medio ambiente. La denominación de Paisaje Cultural pretende sintetizar el carácter de iniciativas actuales, que buscan integrar en el paisaje, en un paisaje cultural, territorio y actividades humanas.

Sí o sí

La manifiesta controversia entre tecnófilos y tecnófobos, la cada vez más arraigada tendencia hacia un modo de vida más ecológico, las incipientes actitudes político-

económicas en favor del desarrollo cero o del desarrollo negativo, el vigor que la identidad cultural y la autoestima que genera están tomando en nuestras sociedades, etc., son unas bases apropiadas para paisajes culturales del futuro. Paisajes culturales que tendrán siempre como frontera la capacidad del ecosistema, y en los que, en la medida de lo posible, se acercarán a la huella ecológica.

Nosotros, el pueblo, el paisaje

Cada paisaje es producto de las afecciones que la actividad humana ha producido sobre el medio ambiente del territorio en cuestión. Las tecnologías de la agricultura, la ganadería, la construcción, etc., importadas de otras culturas perduran sobre nuestro paisaje, sobre nuestra cultura. Toda cultura, también la nuestra, tiene una inclinación a resistir, a perdurar, a no agotarse; igual que todo paisaje, también el nuestro.

De la misma forma que la cultura de los vascos va integrando elementos, nuestro paisaje va cambiando. Nuestros paisajes han acumulado, y lo siguen haciendo, el desarrollo de nuestra existencia, nuestras fortalezas, nuestros llantos, nuestras turbaciones, nuestros clamores.

Somos paisaje, el pueblo no es sino paisaje.

Una concepción, mil posibilidades

En la apuesta a favor del paisaje cultural reside el fundamento para entender el paisaje que nos rodea, para sentirlo y apropiarnos de él, para diseñar y organizar el territorio, o para asegurar el futuro socioeconómico de una comunidad. Presentamos un ejemplo de paisaje cultural, el diseño de un pequeño huerto-jardín, *Antzuolarren mairubaratzea*.

Crómlech de Antzuola:

Moles de cinco pisos por tres lados, la carretera general por el cuarto lado, y un insignificante cuadrado de hierba en medio, mirando al cielo. Vecinos a la espera de un simple y agradable espacio verde, una parcela ajena dispuesta a ser naturalizada, vestigios de paisajes culturales ya olvidados... y unos paisajistas atentos a hacer frente a un desafío.

El punto de partida para diseñar este jardín del casco urbano de Antzuola ha sido su conexión con las viviendas de los antepasados de los antzuolatarras. Su diseño recoge la forma esférica perfecta que los crómlechs (*mairubaratze* en euskera) que unen cielo y tierra, los apriscos, majadas o chozas (*ola* en euskera, como en Antzuola) han ido dejando sobre el paisaje, simbolizada por la espiral, que inmortaliza y eterniza la

esfera. Un crómlech al que la vida tendrá como testigo: la tranquilidad, el descanso, el momento de dar rienda suelta a la imaginación, la dulzura de la amistad, los primeros pasos de una hija...

Desde los cuatro lados o márgenes del jardín se ha dibujado un montículo hacia dentro y, en el centro, se ha dispuesto una amplia zona esférica que se extiende en forma de espiral, como lugar de reunión de los usuarios. En las elevaciones del montículo, se alzan seis láminas de piedra orientadas hacia los otros tantos crómlechs que rodean a Antzuola, con el nombre de cada uno de ellos inscrito sobre la piedra. Aquí se reúne, se congrega, se une la fuerza de quienes en tiempos pasados hicieron posible que Antzuola fuera una población. Un pequeño bosque de diferentes árboles y arbustos sobre el montículo de su perímetro, permite aislar el jardín de los bloques de casa que lo rodean, otorgándole las dimensiones de un crómlech, para acoger a sus usuarios. Bancos y asientos de madera, una estancia en hormigón que simboliza las formas de una nube, un césped donde tumbarse, un cobertizo en forma de seno materno... aguardan a unir en una espiral eterna el pueblo actual con el antiguo paisaje cultural.